

CARLOS SISÍ

«Nuestra intención no fue solo proteger, también
queríamos entender la esencia de la vida.
Pero esa esencia... nos entendió a nosotros primero».
DOCTORA LALASA KAPOOR



NOCTE

El cinco de diciembre de 1971, una tranquila campiña inglesa se iluminó como el mástil de un barco afectado por el fuego de San Telmo, y un pastor llamado Drew Brewer pudo ver «otro lugar» a través de lo que luego llamaría «un roto en el aire». Las ovejas de Brewer saltaban al azar de un lugar a otro y, cuando volvían a aparecer, lo hacían en llamas. El fenómeno se bautizó como Overture, y, no sin esfuerzo, pudo ser encubierto.

Sin embargo, cuando el fenómeno empezó a extenderse y aparecieron más Overtures con otro tipo de repercusiones, más agresivas y hostiles, varios gobiernos y empresas privadas unieron esfuerzos para crear NOCTE, más conocida como «La agencia», una entidad secreta liderada por la doctora Lalasa Kapoor y dedicada a investigar esos fenómenos.

El Año Cero de la agencia NOCTE, sin embargo, ocurrió mucho más tarde, en junio de 1986, cuando Mo Talloran y Beatriz Deschain, entre otros, ataviados con los sofisticados Trajes Aeris de Intervención, consiguieron saltar al otro lado desde una de aquellas anomalías. Lo que descubrieron, y lo que ocurrió después, cambiaría la percepción de la realidad para siempre y establecería una imperiosa y urgente necesidad de crear un frente de defensa.

*Para la doctora Lalasa Kapoor y todos
los que trabajaron, y aún trabajan, en Nocte,
con profundo agradecimiento.*

«No le tengo miedo a la muerte, a lo que sí le tengo miedo es al trance, el ir hacia allá. Confieso que tengo curiosidad por saber de qué se trata». (Atahualpa Yupanqui)

«La muerte es el comienzo de la inmortalidad».
(Maximilien Robespierre)

PRÓLOGO

2015

En la sala había mucha más gente de la que la doctora Lalasa «Alma Blanca» Kapoor había anticipado.

Era un Comité Especial de Investigación Interna, al fin y al cabo, y por lo tanto la ausencia de cámaras, periodistas y público era evidente. A pesar de ello, Kapoor pudo contar al menos siete decenas de personas. Había esperado cierta presencia, pero no tanta. Rostros serios, con peinados muy pulcros, sienes plateadas en su mayoría, coronando trajes de chaqueta prohibitivamente caros. Asesores, abogados, quizá directivos. Y políticos, claro. El tipo de políticos que se preguntan dónde has puesto y qué has hecho con el dinero que podrían haber robado ellos.

Porque de eso iba todo.

Habían salvado con éxito innumerables cambios de esa clase. Cambios políticos. Laboristas, conservadores, y otra vez laboristas y otra vez conservadores, que se intercalaban cada pocos años. Las cosas habían ido más o menos bien, aunque Hault y su gente habían tenido que hacer malabarrismos para mantener las cosas a flote. Pero con la llegada de David Cameron en mayo de 2010 había habido cambios, y algunas cosas habían quedado expuestas sobre la mesa. Ese tipo de cosas que conviene tal vez guardar bajo llave y mantener sumergidas en una caja fuerte en el fondo de un lago.

La doctora Kapoor avanzó por el pasillo entre carraspeos y toses disimuladas hasta llegar a la mesa ubicada justo enfrente del comité investigador. Se sentó con delicadeza, desplazando la silla sin hacer ruido. Había una elegancia natural en sus movimientos.

El presidente de la sala inauguró la sesión saludando a la doctora Kapoor y anunciando las diligencias previas, lo que le llevó tal vez medio minuto.

—Doctora Kapoor, ¿está lista para empezar? —preguntó el presidente.

—Lo estoy —dijo ella.

—Por favor, acérquese al micrófono cuando hable.

La doctora Kapoor miró el micrófono que tenía al frente y lo movió hasta acercarlo a su rostro. El aparato emitió un par de agudos crepitantes. ¿Por qué ponían el micrófono tan lejos, en primera instancia? Para dejar un hueco para documentos, probablemente. Pero ella no había traído carpetas, papeles o material alguno. La doctora Kapoor lo recordaba todo con prístina claridad.

—Estoy lista —repitió.

—De acuerdo —exclamó el presidente—. Se inicia la sesión a las... siete y siete minutos de la mañana. Nuestra primera pregunta para usted, doctora Kapoor, es... ¿Qué es... realmente... NOCTE?

Lalasa Kapoor suspiró con suavidad.



Imagen

CAPÍTULO 1

El expediente Daffy Green

1971

Aún no había anochecido del todo, pero en la calle, las farolas estaban ya encendidas y teñían los edificios de un tono ocre sucio. La lluvia, a través de los cristales, le daba a la escena la apariencia de un cuadro impresionista.

Dandre Calhoun llevaba trabajando en ese despacho dieciséis largos años, y nunca se había fijado en lo hermosa que podía resultar la realidad pura y simple de las cosas. Los toldos apagados de la tienda de frutas y verduras, la boca de alcantarilla que recibía el canal de agua que discurría mansamente junto a las aceras, las balaustradas de frío hierro que separaban las entradas de las casas. Eran cosas sencillas que obedecían unas reglas físicas también simples, cosas como que los edificios se mantenían pegados al suelo debido a la ley de gravedad, y que a la tarde la seguía la noche. Ese tipo de cosas casi invisibles pero maravillosas que hacían que uno se sintiera ligado a la realidad.

Pero cuando esas cosas cambiaban, incluso la luz tibia de una farola podía ser fascinante otra vez. Cuando uno corre el riesgo de perderlo todo es cuando vuelve a mirarlas con otros ojos y a sentir una especie de nostalgia anticipada al desastre.

—¿Te das cuenta de las... implicaciones? —susurró Mandy Williams. Mandy, con su rebeca de tonos pálidos y su cabellera rubia rizada y recogida, era la viva imagen de Margaret Thatcher. Había estado sentada desde que empezaran a tratar el asunto, la noche anterior, y ahora abrazaba un cuenco de café con ambas manos, la espalda bien dere-

cha en la silla. Hacía frío, sí, pero casi siempre hacía frío en Scarning, Thetford.

—Claro que sí —respondió Calhoun con su tono de voz arrastrado y sosegado.

—¿Qué han dicho en Londres?

Calhoun suspiró.

—He hablado con Heath directamente, Mandy.

—¿Qué? ¿Heath? ¿Edward Heath?

—El primer ministro en persona, sí.

—¿Cuándo ha sido eso? —preguntó Mandy, confusa.

Calhoun consultó su reloj de pulsera.

—Hace escasamente veinte minutos ahora.

—¿Cuando has salido a...?

—Sí —respondió él con rapidez.

Mandy asintió despacio.

—Bueno —dijo al fin—, ¿y qué ha dicho?

—Creo que... ha debido de hablar con unos y con otros. Se ha informado, y pienso que ahora cree en la historia.

—Entonces... ¿no nos van a despedir?

—No. No nos van a despedir —respondió Calhoun.

—Está bien saberlo —comentó Mandy antes de dar un pequeño sorbo a su cuenco. Era increíble lo rápido que se enfriaban las tazas en aquellas salas frías de techos altos.

—Está preocupado —añadió Calhoun.

—No es para menos...

—Me ha preguntado por qué aquí, en Scarning. Ni siquiera sabía dónde estaba. Me ha preguntado qué extensión tiene. Le he dicho que no llegamos a diez kilómetros cuadrados. Luego me ha preguntado en qué distrito cae. Breckland, le he dicho, al menos para el gobierno local.

—Ni siquiera en... en Scarning —dijo Mandy con la mirada perdida—. En Daffy Green. Allí no hay más que... ovejas, vacas y moscas.

—Precisamente eso es lo que le preocupa.

—¿A qué te refieres?

—Se preguntaba qué habría pasado si... esto hubiera ocurrido en el centro de Londres. O en Nueva York, para el caso.

Mandy sacudió la cabeza.

—Por todos los cielos.

—Quiere que lo tapemos, Mandy —dijo Calhoun.

—¿Que lo... tapemos? —preguntó Mandy con un tono un poco más agudo de lo habitual.

—Para ser exactos, no es una petición —explicó Calhoun—. Ya lo están tapando. Han enviado o están enviando notas de prensa. Han enviado gente. Llegarán en solo unas horas. Y mañana llegarán más. Un equipo grande.

—¿Para... encubrirlo? ¡Por el amor de Dios, Dan! ¿Y qué demonios van a decir que pasó?

—Un fallo eléctrico. Algo así.

—Dan, lo vieron... Lo vio mucha gente.

Calhoun agachó la cabeza.

—Por eso... Por eso han enviado a los suyos.

Mandy inclinó la cabeza, confusa. Su frente eran cuatro líneas profundas contrastadas.

—A... ¿a redactar notas de prensa?

Calhoun tardó un momento en responder.

—A encubrirlo, Mandy. Sea como sea.

Mandy abrió mucho los ojos. Empezaba a intuir a qué se refería Calhoun, o, mejor dicho, el primer ministro. Levantó el cuenco para beber, pero descubrió que...

Que no podía.

—Dan... —susurró al fin.

Calhoun se volvió para mirarla mientras hurgaba en el bolsillo. Sacó un paquete de cigarrillos EMBASSY con un gesto rápido y extrajo uno, que sopesó en su mano unos instantes antes de encenderlo.

—Dan —repitió ella en voz baja—. ¿Qué es...? ¿Qué es lo que vimos?

Calhoun se volvió para mirar por la ventana. Las cosas estaban en su sitio, estaban bien. La lluvia caía hacia abajo,

mojaba las casas y formaba charcos en la acera. La luz iluminaba las superficies cercanas, las farolas se extendían hacia arriba, en vertical, y la gente caminaba siguiendo una trayectoria espaciotemporal predecible, un paso después de otro. Todo eso... Todo eso estaba bien.

Lo de Daffy Green no.

Aquello no estaba nada bien.

—No lo sé, Mandy —susurró—. Te juro que no lo sé.

Sintió un escalofrío e inhaló una calada larga con los labios apretados.

* * *

Drew Brewer salió de su casa en Swan Lane a las cinco y cuarto de la mañana, un poco antes de lo acostumbrado. Se había ido a la cama temprano la noche anterior porque últimamente se estaba encontrando demasiado cansado, y se había despertado en mitad de la noche con los ojos más abiertos que los de un búho. El cansancio no estaba, pero sabía que no tardaría mucho en volver apenas se pusiera en movimiento e hiciera una o dos cosas. Había tomado infusiones de raíz de oro, por descontado; un antiguo remedio que en los Brewer siempre había sido mano de santo, e incluso había bajado un poco el ritmo de trabajo. Pero el campo necesitaba muchos cuidados, y estaba todo ese asunto de la compra de corderos para una cadena de restaurantes. Su hermano Paul decía que era un buen trato, pero él no lo veía tan claro. Estaba acostumbrado a los tratos pequeños, a los negocios puntuales que le permitían vivir y pagar las pequeñas necesidades del día a día. Pero cien... corderos... al mes. Cien corderos. Tendría que ampliar las instalaciones, tendría que negociar con Billy Hurley para acceder a sus pastos; solo el tema de las vacunas y los permisos le iba a generar un volumen de papeleo que hacía que la cabeza le diera vueltas.

Cien corderos eran alrededor de ochenta corderos más de la cuenta.

Se preparó para salir al campo a revisar el estado de sus terrenos. Había llovido bastante fuerte las dos últimas noches, y también algo durante la tarde; ahora que miraba por la ventana, comprobó que el agua seguía formando una cortina gris en incesante movimiento tras los cristales. Cuando eso ocurría, la tierra hospedaba charcos enormes que había que drenar de alguna manera, a veces incluso abriendo canales para mover el exceso de agua a otras partes. Antes podía ser una tarea pesada, pero desde hacía ya un año tenía el David Brown 1200, una preciosidad de tractor que generaba cuarenta caballos y contaba con una cabina ancha y espaciosa, no como la bestia mecánica de Billy Hurley. Su cabina era tan angosta y sofocante que su mujer, Anne, la llamaba El Horno.

Anne. Llevaba casado con Anne como... toda la vida, y, a veces, le parecía que algo más. Delgada, menuda, siempre con una sonrisa colocada en su carita redonda, a menudo cubierta por sus propios cabellos, ahora ya blancos. La había dejado dormida en el sofá de su pequeño estudio donde, a pesar de su ceguera, pintaba tantos cuadros como podía, muchas veces, unos encima de otros; Anne no tenía interés en conservar sus pinturas. La pintura era su vida.

Ciega de nacimiento, no había podido conocer los trazos de los grandes maestros, ni había observado cómo la luz describía cambios en las tonalidades de los colores, ni tenía referencia alguna de cómo los colores revestían el mundo o de cómo se percibían como diferentes según el momento del día. Nunca había visto el prodigioso despliegue de tonos de un amanecer, o la explosión iracunda del atardecer cuando incide en las nubes bajas y lo tiñe todo de rojo, o de rosa, o de naranja. Anne utilizaba la textura y el grosor de los trazos para orientarse, y trataba de recrear las sensaciones que le producían las cosas.

Según ella, recibía aquella información simplemente mediante el tacto. Pintaba el tacto de hojas de los árboles. Una manzana. El rostro de su marido. Había pintado a Drew más de cincuenta veces, y todas esas veces había conseguido transmitir sensaciones profundas. El propio Drew no sabía mucho o nada de pintura (apenas lo que costaban los tubos de pigmento) pero cuando veía los trabajos de Anne, solía quedarse mirándolos durante un buen rato, a menudo con una taza de té en la mano, y llegaba a sentir que una emoción especial, única y exclusiva de dicha contemplación, afloraba dentro de él. La primera vez que se vio en una pintura de Anne, creyó atisbar aspectos profundos de sí mismo entre los trazos gruesos, tridimensionales y protuberantes que Anne usaba para manejarse por el lienzo; aspectos íntimos que tenían más que ver con cómo se sentía que con cómo era. En su retrato no había... una nariz, ni una boca, ni siquiera ojos. Era una fantasía abstracta de trazos, formas, volúmenes, que producían una concatenación de sentimientos, un viaje iniciático que revelaba más y más cosas cuanto más se lo contemplaba. Aquella vez, cuando se giró para mirarla, ella lo supo enseguida. Anne siempre sabía cuándo él la miraba.

—¿Qué estás mirando, bobo? —preguntó.

—A ti —dijo él—. A tu mirada.

—¿La mirada de una ciega? —preguntó con retintín.

—Se puede perder la vista —respondió con suavidad—, pero nunca la mirada.

Ella no contestó. Nunca decía nada cuando él conseguía tocarle con su amor.

Ese día no la despertó. A Anne le gustaba acompañarle en sus paseos matutinos porque, a esas horas, olía a tierra mojada, a pasto fresco, a aire húmedo, a tormenta... Y esas cosas, los olores, la brisa mojada, eran las maneras con las que Anne aprendía de su entorno; eran el vehículo de las sensaciones que transportaba la naturaleza para ser representada en un lienzo. Pero llovía mucho, demasiado, y era

de todas maneras un poco demasiado pronto para Anne. Cuando volviera de la inspección, se dijo, la compensaría con un cuenco de leche caliente y pan tostado con membrillo, servido con queso a la manera española. A Anne le gustaba tanto el membrillo que, en secreto, Drew había plantado membrilleros en las laderas al lado oeste de sus tierras, de la variedad que crecen en tierras húmedas.

—¡Penny! —llamó.

Miró a un lado y a otro, con el ceño fruncido. Bueno, ahí había una cosa excepcional... ¿Dónde estaba Penny? Solía ser la primera cosa que veía por la mañana al salir de casa. No importaba lo mucho que se esforzara por no hacer ruido, siempre estaba detrás de la puerta, moviendo la cola como si quisiera despegar y salir volando, lloviese o hiciese sol, con tempestad y con calma, los ojos de color almendra clavados en él.

Penny no solo le ayudaba con el rebaño; era, además, una perra trufera, y aquel suponía uno de sus mayores logros, por cierto. Le enseñó desde pequeña, educándola primero para localizar las trufas silvestres de temporada, y muy poco después, haciéndole entender que no debía comerlas. Drew estaba seguro de que su secreto había sido la elección del premio que Penny conseguía cuando hacía las cosas bien: nada demasiado dulce, para no dañar su salud, y nada con demasiado olor, para no estropear su olfato. El olfato lo era todo.

La otra cosa era el hecho de que Penny no era un perro trufero al uso. Casi todos sus vecinos usaban los *Lagotto romagnolo* o esos caniches que a Drew le ponían nervioso, como el caniche desquiciado de Richard Bird. Había visto ranas ladrar con más estilo que aquella bola de pelo. No, los caniches no eran para él. Si tenía que localizar a su perro, no quería utilizar un microscopio para rebuscar entre la hierba. Drew había leído casi todo lo que se había publicado sobre truficultura y había llegado a la conclusión de que era mejor usar perros de caza, sabuesos y podencos adies-

trados para perseguir piezas de caza mayor heridas. Esos sí que eran perros de verdad.

Penny era una *Deutsche Bracke*, un sabueso de sangre de Baviera; la elección del sexo no era tampoco casual: las perras tenían más sensibilidad y astucia, y no se rendían. Los sabuesos de sangre eran resistentes al frío y la humedad (algo muy encomiable en esas latitudes del Reino Unido) y más trabajadores que el caniche desquiciado de Richard Bird. Penny era, además, diligente y cariñosa.

Pero ¿dónde estaba?

—Bueno. Que me aspen.

Miró al cielo. Amanecía, pero de esa manera sutil que solo se advierte mirando hacia el este con la vista periférica, una claridad tenue que revelaba, sin embargo, una cosa: que el cielo estaba engendrando una tormenta. Una de las buenas. Estudiar las nubes era una de las primeras cosas que se aprendían si uno iba a dedicar su vida a la ganadería. Era tal vez posible que aquella fuese a ser una de esas tormentas épicas que hacían que el cielo se convirtiera en una fanfarria interminable de truenos, relámpagos y nubes arrastrándose a varios niveles, unas más rápidas que otras, absorbiendo toda la luz. Era quizá posible... que Penny supiese eso y estuviera escondida en algún lugar de la granja. Penny podía ser un animal muy inteligente, el más listo de todos cuantos había conocido, pero seguía siendo un perro, y los perros siempre tienen miedo a las tormentas.

Se encogió de hombros y empezó a andar por el sendero, vestido con su chubasquero amarillo y su bastón. Ya aparecería. Penny podía ser un poco gato a veces; una vez al año (más o menos) se tomaba unas pequeñas vacaciones, un día de asuntos propios, pero siempre acababa volviendo, llena de barro y de pequeñas bolas de cardo enredadas en el pelambre de las patas y el vientre. Nada que un buen baño y un cepillo de oveja no arreglara.

Caminó, levantando la cabeza para dejar que la lluvia le mojara la cara. La lluvia sí que era maná del cielo, y no nin-

guna otra cosa parecida; eso era lo que pensaba. El libro del Éxodo era siempre muy grandilocuente en cuanto a todo lo que decía, pero el dichoso maná enviado desde el cielo a los israelitas no era puñetero pan, sino... ¡agua de lluvia! En el desierto, un poco de lluvia debió de ser mejor que un buen plato de cordero con patatas asadas y zanahorias; eso era lo que decía siempre por mucho que el párroco se enfadase algo más de la cuenta, pero... ¿acaso había un milagro mejor en el mundo que la puñetera lluvia?

Las botas verdes se hundían en el suelo blando, anegado en lluvia. A medida que avanzaba, sin embargo, se sentía obligado a corregir su peso a uno y otro lado, lo que le hacía zarandearse como si regresara a casa después de una noche de pintas en el Black Raven. Sonrió con la idea, tal vez porque hacía demasiado tiempo. Además, hacía frío; bastante frío, a decir verdad, incluso para ser primeros de diciembre, pero nada de eso le impidió sentirse como un privilegiado por vivir rodeado de toda aquella naturaleza en un lugar bendecido como era Daffy Green.

Estaba pensando en todo eso cuando escuchó a Penny ladrar a lo lejos. Drew levantó una ceja. «¡Buenos días a ti también!», pensó, pero luego se detuvo, contrariado. Naturalmente, como cualquier entrenador de perros, Drew sabía perfectamente qué tipo de ladrido usaba su perra en todo momento. Aquel no había sido el ladrido breve y tajante que empleaba cuando trabajaba con las ovejas, ni el ladrido jubiloso que usaba cuando encontraba trufas, o alguna alimaña muerta, o cualquier otra cosa inusual en la granja. Ese había sido un ladrido especial que Penny usaba cuando quería decir algo muy concreto.

HAY PROBLEMAS AQUÍ, ¡VAYA SI HAY PROBLEMAS!

Drew aceleró el paso.

Las ovejas. Drew solía dejarlas pastando por la granja, para eso la había vallado a conciencia y había instalado pequeños refugios aquí y allí donde los animales podían cobijarse si la lluvia empezaba a molestarles demasiado. Drew